

Fiódor Dostoyevski

# Apuntes del subsuelo

Traducción directa del ruso y nota preliminar  
de Juan López-Morillas



**Alianza** editorial  
El libro de bolsillo

Título original: *Zapiski iz podpol'ya*

Primera edición: 1991

Tercera edición: 2011

Novena reimpresión, revisada: 2023

Revisión de la transcripción del ruso de Esther Arias Valor

Diseño de colección: Estrada Design

Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Ilustración de cubierta: Robb Kendrick: *A firefighter face peering through the transparent shield of his mask* (detalle). © Getty Images

Selección de imagen: Laura Gómez Cuesta

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© de la traducción y nota preliminar: Herederos de Juan López-Morillas

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1991, 2023

Calle Valentín Beato, 21

28037 Madrid

[www.alianzaeditorial.es](http://www.alianzaeditorial.es)



ISBN: 978-84-206-6448-4

Depósito legal: M. 41.286-2011

Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: [alianzaeditorial@anaya.es](mailto:alianzaeditorial@anaya.es)

# Índice

9 Nota preliminar, por Juan López-Morillas

Apuntes del subsuelo

17 Advertencia preliminar

Primera parte

19 Subsuelo

Segunda parte

69 A propósito del aguanieve



# Nota preliminar

Los estudiosos de la obra de Dostoyevski están conformes en que *Apuntes del subsuelo* (1864) viene a ser una especie de preámbulo a una segunda fase en la carrera del escritor: la de las «novelas de ideas» –así se las llama a menudo– que cimentaron su prestigio universal: *Crimen y castigo*, *Los demonios*, *El idiota*, *Los hermanos Karamázov*\*. Pero, de hecho, no basta con subrayar la presencia de ideas en esas novelas para justificar su merecida estimación. En toda la producción de Dostoyevski están, por supuesto, presentes las ideas. Pero, en términos generales, diríase que en las obras anteriores a *Apuntes del subsuelo* –o sea, en lo que cabe llamar la primera fase– las ideas habían sido para el novelista algo así como bienes mostrencos que hallaba en su entorno y se apropiaba o descartaba según la afición o la conveniencia

\* Todas estas novelas están disponibles en El libro de bolsillo.

del momento. Tal ocurrió, por ejemplo, con la doctrina socialista (según el evangelio de Fourier) que Dostoyevski aprendió en el círculo Petrashevski y que le acarrió una condena a trabajos forzados en Siberia. En este caso, Dostoyevski no sólo acabó por despojarse del utópico socialismo fourierista, sino que andando el tiempo hizo de él frecuente blanco de escarnio.

Es, pues, de suponer que cuando los críticos hablan de las «novelas de ideas» de Dostoyevski lo que acaso quieren sugerir es que en esa segunda fase éste escribe novelas «profundas», que en ellas rastrea las raíces ocultas de la psique y que con ellas aspira a poner al descubierto estratos recónditos de la condición humana. En esto ya hay poco de mostrenco y casi nada que pueda atribuirse inequívocamente a una concreta influencia externa. En estas novelas los personajes y acontecimientos «vienen de dentro» y encarnan los múltiples aspectos en que se diversifica la fantasía creadora de Dostoyevski.

Pocas obras son tan difíciles de definir como *Apuntes del subsuelo*. De las dos partes en que está dividida, la primera es el monólogo de un narrador imaginario y anónimo —el «hombre subterráneo»—, quien en una serie de revelaciones en que alternan la arrogancia y la humillación se desnuda psíquica, ideológica y moralmente, en una medida quizá nunca antes igualada en la literatura narrativa. Aunque ostensiblemente dirige sus confesiones a unos «señores», a quienes habla «como si fuesen en realidad [sus] lectores», acaba por reconocer lo que el lector sospecha desde luego: «escribo sólo para mí y de claro de una vez por todas que si escribo como si me dirigiese a un lector es sólo *pro forma*, porque me es más

fácil escribir así». La segunda parte de la obra viene a ser la «lección práctica» en que el «ser» del narrador, tal como surge de sus confesiones en la primera parte, se traduce en un «obrar» en situaciones concretas.

Libre, pues, de las trabas que un pudor elemental pudiera imponerle, el «hombre subterráneo» se revela en sus pensamientos y actos como individuo cínico, rencoroso, vengativo, cobarde... a la vez que como un antihéroe de aguda inteligencia y morbosa sensibilidad. Dostoyevski declara en la Advertencia preliminar que aunque el narrador es ficticio «ello no quita para que, atendiendo a las circunstancias en que se ha formado nuestra sociedad, puedan y aun deban existir en ella personas como el autor de estos *Apuntes*». En tal caso hay que suponer que, compensando en alguna medida estas taras morales, el «hombre subterráneo» posee alguna cualidad positiva que lo redime ante los ojos de Dostoyevski. Y así es, en efecto.

Para entender esa cualidad hay, sin embargo, que apuntar previamente a dos ideologías que condena el narrador ficticio, quien en este caso se hace eco de los pensamientos del propio Dostoyevski: esas dos ideologías corresponden *grosso modo* a dos generaciones rusas del siglo XIX: la de los años 40 y la de los años 60. La de los años 40 es la generación romántica, a la que el narrador acusa de hipocresía, ya que bajo la exaltación retórica de «lo bello y lo sublime» esconde un voraz apetito de bienes materiales. La de los años 60 es la generación racionalista, cuyo símbolo es el Palacio de Cristal. Según algunos intelectuales representativos de esta generación, el ser humano aceptará de buen grado las «leyes de la natu-

raleza», que eliminando cuanto en él hay de irracional –y, por ende, contrario a su ventaja personal– asegurarán de una vez para siempre su felicidad terrena. En tanto que la generación rusa de los años 40 ensalzaba hipócritamente vanos ensueños, la de los años 60, proclamando el advenimiento de la razón universal, pretendía hacer del ser humano algo así como una fórmula matemática, rigurosa e inapelable, que eliminaría su libre albedrío a cambio de garantizarle la estabilidad, tranquilidad y armonía de una sociedad perfecta.

El narrador de *Apuntes del subsuelo* rechaza lo uno y lo otro. Tanto el romántico que hace la apología de «lo bello y lo sublime» como el racionalista que aboga por la perfección del Palacio de Cristal son soñadores que ignoran o desprecian la índole genuina del ser humano. Y esa índole radica en la voluntad de éste, en su soberano libre albedrío y en el afán de ejercerlo aun cuando tal ejercicio vaya en contra de la razón y de su ventaja personal. Porque la «ventaja más ventajosa» del hombre es hacer lo que le da la real gana, aun a sabiendas de que lo que hace puede ir en contra de su propio interés. Basta echar una ojeada a la historia –sugiere el narrador– para comprobar que «el hombre, quienquiera que sea, siempre y en todas partes, prefiere hacer lo que le da la gana a lo que le aconsejan la razón y el interés... y a veces es *absolutamente imperativo* que lo haga». No hay que esforzarse mucho para ver que, después de su regreso del exilio siberiano, Dostoyevski hubiera suscrito con su propio nombre esa conclusión.

En los comienzos del relato nos percatamos de que, tras tantos años de vida solitaria en su «madriguera», el

narrador es incapaz de distinguir lo inventado de lo real. A primera vista diríase que también él es un soñador que se adormece voluptuosamente en sus fantasías, alimentadas en gran medida por la lectura de ficciones literarias; pero pronto descubrimos que él mismo acaba mofándose de ellas, convirtiéndolas en bufonadas. La realidad vuelve al cabo por sus fueros y le constriñe, quiéralo o no, a enfrentarse con ella. Y es entonces cuando todo lo que en él hay de depravación, malignidad caprichosa, crueldad tiránica, a la par que de humillación innoble y vileza enfermiza, se pone de manifiesto en una serie de incidentes inolvidables.

Juan López-Morillas



# Apuntes del subsuelo



# Advertencia preliminar

Tanto el autor de estos *Apuntes* como los *Apuntes* mismos son, por supuesto, ficticios. Ello no quita para que, atendiendo a las circunstancias en que se ha formado nuestra sociedad, puedan y aun deban existir en ella personas como el autor de estos *Apuntes*. Yo he querido retratar ante el público con más nitidez de lo habitual a un personaje de nuestro pasado reciente, representativo de la generación que aún pervive. En este fragmento, titulado «Subsuelo», el tal personaje se presenta a sí mismo, ofrece su visión del mundo y, por así decirlo, trata de explicar el motivo de su aparición entre nosotros y por qué tal aparición era inevitable. En el segundo fragmento se ofrecen los apuntes mismos de este personaje sobre algunos acontecimientos de su vida.

Fiódor Dostoyevski



Primera parte  
Subsuelo



## Uno

Soy un hombre enfermo... Soy un hombre despechado. Soy un hombre antipático. Creo que padezco del hígado. Sin embargo, no sé nada de mi dolencia ni sé a ciencia cierta de qué padezco. No estoy en tratamiento y nunca lo he estado, aunque siento respeto por la medicina y los médicos. Por añadidura, soy sumamente supersticioso, al menos lo suficiente para respetar la medicina. (Soy lo bastante culto para no ser supersticioso, pero soy supersticioso.) No señor, me niego a ponerme en tratamiento por puro despecho. He ahí algo que ustedes probablemente no comprenden. Ahora bien, yo sí lo comprendo. Yo, por supuesto, no sabría explicarles contra quién precisamente va dirigido mi despecho en este caso; sé perfectamente que no puedo «jorobar» a los médicos por el hecho de no consultar con ellos; sé mejor que nadie que

el único perjudicado en esto soy yo y sólo yo. En todo caso, si no me pongo en tratamiento es por despecho. ¿Que mi hígado está mal? ¡Bueno, pues que se ponga peor!

Así llevo viviendo desde hace largo tiempo: unos veinte años. Ahora tengo cuarenta. Antes era funcionario público, pero ahora no lo soy. Era un mal funcionario: grosero y gustoso de serlo. En todo caso no me dejaba sobornar, por lo que eso, al menos, me servía de compensación. (Pésima ocurrencia esta, pero no la tacho. La escribí pensando que me saldría muy chistosa; pero ahora, viendo que sólo quería pavonearme cínicamente, la dejó adrede tal como está.) Cuando una persona se acercaba a mi mesa para pedir algún informe, yo empezaba a rechinar los dientes y sentía un placer inmenso cuando conseguía disgustarla. Casi siempre lo conseguía. Era, por lo general, gente tímida —ya se sabe, gente que venía a solicitar algo—. Pero entre los fanfarrones había un oficial del ejército a quien no podía aguantar. Se negaba rotundamente a amilanarse y armaba un estrépito horrible con el sable. Durante año y medio anduve a la gresca con él por causa de ese sable. Pero a la larga le gané la partida y dejó de meter ruido con él. Esto, sin embargo, me pasó cuando aún era joven. ¿Pero saben ustedes, señores, cuál era el verdadero meollo de mi despecho? Pues bien, el verdadero meollo, la suprema inmundicia, consistía en que, hasta en los momentos mismos de mi mayor atrabilis, tenía conciencia, a cada instante y con sonrojo, de que no sólo no estaba furioso, sino ni siquiera enfadado, y que lo que hacía era sólo espantar gorriones para divertirme. Podría estar echando espumarajos por la boca,

pero bastaba que alguien me trajera una muñeca con que jugar o me diera una taza de té azucarado para que me calmase casi siempre. Puede incluso que me conmoviera hondamente, aunque lo probable es que más tarde rechinara los dientes contra mí mismo y que de pura vergüenza padeciera de insomnio durante varios meses. Eso me pasaba siempre.

Mentí hace un momento cuando dije que había sido un mal funcionario público. Mentí por despecho. Sólo quería divertirme a costa de los solicitantes y de ese militar; en realidad, nunca he podido ser malévolo del todo. A cada momento me daba cuenta de que en mí existían muchos, muchísimos, factores totalmente opuestos a ello. Esos factores –así como suena– los sentía rebullir dentro de mí. Sabía que habían estado rebullendo allí toda mi vida y que querían que les diera salida, pero no se la di, no se la di, de propósito no les dejé que salieran. Me atormentaban hasta el punto de avergonzarme; incluso me causaban convulsiones y acabaron por fastidiarme. ¡Y cómo me fastidiaban! Ustedes, señores, quizá crean ahora que estoy arrepintiéndome de algo ante ustedes, que les pido perdón por algo, ¿verdad?... Estoy convencido de que es eso lo que creen... Pues bien, les aseguro que no me importa un bledo que lo crean...

No sólo no puedo volverme malévolo, sino que no puedo volverme ninguna otra cosa: ni malévolo ni benévolo, ni canalla ni hombre honrado, ni héroe ni insecto. Ahora sobrevivo en mi rincón, exasperándome con el pérfido e inútil consuelo de que un hombre inteligente no puede seriamente cambiarse en otra cosa; sólo un imbécil puede hacerlo. Sí, un hombre inteligente en el siglo XIX

ha de ser ante todo una criatura sin carácter, más aún, está obligado a serlo; un hombre de carácter, un hombre activo, es una criatura preeminentemente limitada. Estoy convencido de ello desde hace cuarenta años. Ahora tengo cuarenta años y, como es notorio, cuarenta años son toda una vida; más aún, son una vejez avanzada. Vivir más de cuarenta años es indecoroso, vulgar, inmoral. ¿Quién vive más de cuarenta años? ¡A ver, respóndanme sinceramente, con el corazón en la mano! Les diré quiénes viven más de esa edad: los tontos y los sinvergüenzas. Yo a todos los viejos les digo eso en su propia cara, a todos los viejos venerables, a todos los viejos de cabellos plateados y frangentes. ¡Eso se lo digo cara a cara a todo el mundo! Y tengo derecho a decírselo porque yo voy a vivir hasta los sesenta. ¡Hasta los setenta! ¡Yo voy a vivir hasta los ochenta!... Esperen un instante a que recobre el aliento...

Probablemente, señores, pensarán ustedes que lo que quiero es divertirles. También en eso se equivocan. No soy un hombre tan jovial como creen ustedes, o como puede que lo crean. Ello no obstante, si irritados por esta cháchara (y ya veo que están ustedes irritados), juzgan oportuno preguntarme quién soy, les contestaré que un asesor colegiado. Trabajé en la Administración Pública para tener que comer (pero únicamente por eso), y cuando el año pasado murió un pariente lejano mío dejándome seis mil rublos en su testamento, pedí en seguida el retiro y me instalé en mi rincón. Ya antes había vivido en este rincón, pero ahora estoy instalado en él. Mi aposento es mezquino y ruín y está situado en las afueras de la ciudad. Tengo de criada a una campesina vieja, avinagrada de puro estúpida, que además siempre huele que apesta. Me dicen que el

clima de Petersburgo me sienta mal y que con mis insignificantes recursos me resulta muy caro vivir aquí. Todo eso lo sé, lo sé mejor que todos esos consejeros y amonestadores listos y sabihondos. Pero me quedaré en Petersburgo, ¡de aquí no me muevo! Y no me muevo de aquí porque... ¡bah!, en todo caso, no importa un comino si me voy o me quedo.

Pero, en fin, ¿de qué puede hablar un hombre honrado con la mayor satisfacción?

Respuesta: de sí mismo.

Pues bien, hablaré de mí mismo.

## Dos

Quieran o no escucharme, me propongo contarles, señores, por qué ni siquiera pude cambiarme en insecto. Les diré con toda solemnidad que intenté muchas veces cambiarme en insecto. Pero ni aun en eso tuve suerte. Les juro, señores, que tener una conciencia sobradamente sensible es una enfermedad, una verdadera y auténtica enfermedad. Para la vida humana común y corriente basta y sobra con una conciencia ordinaria, o sea, con la mitad o la cuarta parte de la porción que le ha tocado al hombre culto de nuestro malhadado siglo XIX, sobre todo si, por añadidura, tiene la desgracia de vivir en Petersburgo, la ciudad más abstracta e intencional de todo el globo terráqueo. (Las ciudades pueden ser intencionales o no intencionales.) Bastaría, por ejemplo, con la porción de conciencia con que viven los llamados individuos audaces y los hombres de acción. Apuesto a que